

Expedición a la provincia de Oriente. Antropología y arqueología*

Carlos de la TORRE Y HUERTA

Digitalización: Odlanyer Hernández de Lara y Daniel Torres Etayo

Sr. Presidente, Sres. Académicos, Señores:

En primero de Julio del presente año se me comunicó por la Secretaría un oficio participándose: que en sesión extraordinaria celebrada en la noche del 27 de Junio, se acordó por unanimidad nombrarme en comisión para que pasara al extremo oriental de esta Isla con objeto de llevar á cabo las investigaciones convenientes, para aclarar algunas dudas acerca de la Etnología del Caney, así como para recoger datos y objetos arqueológicos de aquellas comarcas; é informar á esta Academia del estado en que se encuentra la plaga de los cocoteros en Baracoa.

Respondía dicha Comisión al ofrecimiento que espontáneamente hice á la Academia con motivo de tener que formar parte de una Comisión Universitaria que tenía que trasladarse á Puerto Rico; de este modo podría comenzar allí mis observaciones y realizaría á la vez la excursión á Baracoa, que completaría mis estudios; emprendidos hace un año, sobre la enfermedad de los Cocoteros. Aumentaban el interés de esta Comisión, mis aficiones naturalistas, el deseo de visitar las cuevas exploradas hace cuarenta años por el Dr. D. Miguel Rodríguez Ferrer, y la noticia comunicada por el Dr. Santos Fernández acerca de la celebración de un Congreso, en el próximo Centenario del descubrimiento de América, y la conveniencia de preparar algunos trabajos locales para ese objeto.

El resultado de esta Comisión ha superado en mucho á nuestras aspiraciones y confiamos, en que con los datos

recogidos habrán de aclararse multitud de dudas y resolverse importantes cuestiones muy debatidas en la Antropología y en la Historia pre-Colombina de la Isla de Cuba.

Señores, son tantas y tan diversas las materias que habría de tratar para dar cuenta exacta de mi comisión, que sería tarea imposible para una sola sesión, por lo que habré de limitarme exclusivamente en ésta, á presentar en conjunto la parte antropológica, y la arqueológica señalando los puntos más notables y reservándome el hacer un estudio dio [sic] detallado con el tiempo y la dedicación que la importancia del asunto exige. En otras sesiones ulteriores habré de ocuparme del estado de la enfermedad de los cocos; de la mineralogía y la minería, que tanta importancia tiene en la Provincia de Santiago de Cuba; y por último, de las observaciones relativas á los Moluscos, Insectos y en general á la fauna de aquella región.

Para proceder con método, comenzaré por la isla de Puerto Rico, en donde visité la colección de antigüedades más rica, perteneciente al Dr. Stahl, quien, con una perseverancia á toda prueba, ha llegado á reunir 740 objetos arqueológicos de la zona primitiva, entre hachas pulimentadas, ídolos, pilones, arcos ó collares de piedra y otros objetos representados en su mayor parte en nuestro museo antropológico por la colección que cedí á esta Academia hace dos años, á la que agrego ahora un hacha de forma distinta á todas las ya existentes. El Dr. Stahl sólo ha encontrado huesos sin importancia en una caverna; pero no posee, ni ha visto cráneo alguno de la raza primitiva.

* Este artículo corresponde a una conferencia ofrecida por su autor, publicado con el título "Conferencia científica" en los Anales de la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana. Entrega 315. Tomo XXVII. Noviembre 15, pág. 325-343. 1890. El título fue modificado en virtud que el original no representa su contenido, utilizándose el presente por tratarse en esta ocasión la parte antropológica y arqueológica de la expedición. Se respetó la grafía original. Nota del Coordinador.

Durante mi permanencia, solo de horas, en la isla de Santo Domingo, después de visitar los llamados restos de Colón en su hermosa Catedral, pasé á casa de un librero, el Sr. García, que posee una pequeña colección de antiqüedades en la que existen hachas pulidas, ídolos, figuras de barro y otros objetos semejantes á los de Puerto Rico y de esta Isla, siendo digno de especial mención, un precioso asiento de madera dura y un cuchillo de piedra, cuyo mango hábilmente trabajado representa una figura humana con los brazos separados del cuerpo y las manos unidas á la cintura.

La cantidad de esos objetos arqueológicos es extraordinaria en Puerto Rico, en donde, además de la colección de Stahl se han formado otras importantes remitidas á Europa por D. Jorge Latimer, Hjabmanson y otras menores. En Santo Domingo parece que no escasean, pero en Cuba es muy reducido el número que ha podido reunirse, y éstos en su mayoría proceden del Departamento Oriental, lo que tiene una gran importancia bajo el punto de vista etnológico.

Llegado á Santiago de Cuba el 10 de Agosto y reunido con el Dr. D. Juan de Michelena, Catedrático del Instituto de Matanzas que iba en calidad de agregado á la Comisión, visitamos ante todo “El Caney”, con objeto de comprobar, ó rechazar las distintas versiones que acerca de esa población y del tipo étnico de sus habitantes se han referido con frecuencia en la Sociedad Antropológica y en muchos tratados de Geografía; pero la simple inspección de aquel pueblo nos dejó bastante desconcertados: pensábamos encontrar un pueblo de indios, ó descendientes de ellos, y hallamos una población á la moderna que desde hace unos 50 años viene sirviendo de punto de temporada á Cuba, y entre los descendientes de la raza Siboneya apenas conserva algunos rasgos del viejo José Almenares y la familia Montoya, emparentada con el anterior, y de cuyos antepasados existen partidas de bautismo en el libro más antiguo de la Parroquia de aquel pueblo que se remonta al año de 1690. Se dice que en Jiguaní y Barajagua existen tipos más marcados en las

familias de Aranda y Torres; pero en donde pudimos observar en más abundancia los caracteres de la raza india fué en los partidos de Yara y Majayara n la jurisdicción de Baracoa; allí viven diseminados en familias, sin formar pueblo y en un estado verdaderamente primitivo, como pudimos observar en unos ranchos próximos á la casa de uno de los guardias que nos acompañaba, de apellido Gainza, que llevaba argollas de oro en las orejas y nos dijo ser él también descendiente de Indio. El color de estos individuos es tostado, el cabello muy lacio y negro, barba muy poco poblada, de baja estatura y su conjunto recuerda mucho á los Yucatecos que hace algunos años eran bastante frecuentes en la Habana. Sin embargo, el tipo ha degenerado mucho y ha sufrido frecuentes cruzamientos para que pueda dar luz en la determinación de los caracteres de la raza primitiva.

Ni un solo objeto encontramos en “El Caney”, ni supimos que existiera como reliquia de sus primitivos habitantes, á no ser los *guayos*, que se hacen hoy allí perfectamente idénticos á los que usaban los indios para rayar la yuca con que hacían el casabe, según las relaciones de Oviedo, Las Casas y otros historiadores. Consisten dichos guayos en una tabla rectangular muy gruesa, terminada por dos mangos ó agarraderas y en una de sus caras están clavadas infinidad de piedrecitas durísimas y puntiagudas.

Ya que tan insignificantes eran los datos que podíamos recoger de los habitantes actuales de aquel pueblo, quisimos explorar los restos de sus antepasados. Existen en el Caney dos cementerios, uno moderno que para nosotros carecía de importancia, y el antiguo llamado el Calvario, de donde hubiéramos podido extraer algunos cráneos interesantes, por haber sido indudablemente este pueblo, de San Luis de los Caneyes, uno de los últimos en que tuvo lugar la desaparición de la raza primitiva; pero este Cementerio fué clausurado á consecuencia del cólera de 1852, y pretender en estos días su remoción, hubiera dado lugar á que se pensara que habíamos abierto las puertas al cólera, responsabilidad que no quisimos asumir.

En el museo de D. Julián Parreño existen algunos objetos arqueológicos, los cuales hice fotografiar; entre ellos llaman la atención: una cazuela de barro de forma elíptica encontrada bajo una capa de guano de murciélago en la cueva de Guimirá, situada en el Aserradero, lugar de la costa, muy próximo á Santiago de Cuba; una maza de piedra de forma cónica encontrada en Nuevo Songo, en la misma provincia, muy semejante á las manos de pilón del museo Stahl. Este objeto me fué enviado hace pocos días por gestiones del señor Rosell. También adquirí en Santiago de Cuba otro objeto de piedra de uso desconocido y de forma circular, que me fué cedido por D. Juan Portuondo.

El 25 de Agosto llegamos á Baracoa, en donde encontramos la más cariñosa acogida, por parte del Dr. D. Fermín Valdés Domínguez, el cual nos cedió los valiosísimos objetos que tenía reunidos, y que no quería enviar á la Habana hasta no tener la seguridad de su verdadera importancia. El fué nuestro principal guía en todas las excursiones que llevamos á cabo, tomando una parte activa en nuestros trabajos y exploraciones.

Nuestras primeras excursiones se dirigieron hacia el Oeste de Baracoa, á las fincas más invalidadas por el parásito destructor de los Cocoteros; así llegamos por Jaite-sico, Duaba, Toa, etc., hasta Cayojuín y por otra desde Guanamón hasta el Yunque.

Cumplida esta primera parte de nuestra Comisión, y de la cual, según hemos dicho, habremos de dar cuenta en otra sesión, emprendimos nuestro viaje hacia la extremidad oriental de la Isla, con objeto de reconocer las cuevas de Maisí, en donde se habían encontrado los cráneos y demás objetos cedidos por el Dr. Valdés Domínguez; así como la cueva del Indio explorada por el señor Rodríguez Ferrer y las de Ponce, Ovando, y otras no menos importantes de aquella región.

No me detendré á referir el itinerario y las peripecias del viaje que podrán leerse en la relación minuciosa, escrita por el Dr. Valdés Domínguez y próxima á publicarse en uno de nuestros periódicos de más circulación;

sólo me ocuparé de fijar aquellos puntos que ofrezcan interés bajo el aspecto científico.

La primera cueva que visitamos fué la de Poncio, así llaman los campesinos de aquella localidad, aunque creo sea la cueva de Ponce de que nos habla el señor Rodríguez Ferrer, como una de las más importantes de aquella comarca que no le fué posible visitar; esta circunstancia, y el decirnos los guías que había en aquella cueva piedras que parecían torneadas, nos decidió á visitarla, á pesar de las dificultades, que de antemano se nos anunciaron, ofrecía la bajada del farallón próximo á la cuesta del Palo. Dejamos los caballos en los alto de la Mesa, desde donde se divisaba como á dos leguas el faro de Maisí, y apoyados en unas varas y andando sobre la caliza cavernosa, atravesando á veces sitios peligrosísimos sobre troncos de árboles colocados á manera de puentes colgantes á 30 y más varas de altura en aquellos paredones que parecen cortados á pico. Antes de llegar á la base del farallón, encontramos la boca de la cueva que conduce á un salón amplio en el que abundan notables estalactitas parecidas á las de Bellamar en Matanzas, aunque infinitamente menos hermosas en cuanto á la pureza y limpidez de sus cristalizaciones; otras hay de diferente aspecto que parecen salir de las grietas, son aplanadas ó laminares con ondulaciones paralelas que forman en el borde libre dentellones á manera de sierra, según puede verse en el ejemplar presente. Este primer salón comunica con otros varios del mismo aspecto y habitados por innumerables murciélagos.

Sólo encontramos una costilla humana en esta cueva, pero había fragmentos de ollas de barro y huesos de jutía que nos hicieron pensar que debió haber sido habitada. Las piedras torneadas de que hablaban los guías, y que nosotros creímos que pudieran ser hachas pulidas, eran las estalactitas cónicas que abundaban en aquella caverna del todo semejante á las que caracterizan la caliza terciaria de esta Isla. Los moluscos terrestres y algunos marinos que allí se hallaban en abundancia pertenecen á especies vivientes, y han debido ser transportados por los *Macaos* ó *Maqueyes*, crustáceos del género *Pagurus*; las conchas

más abundantes pertenecen al *Hélix imperator*, al *H. Sagemón* y al *Turbo pico, Lin.*

Cerca de esta cueva se encuentra otra llamada la cueva Fría, y próxima también á ésta, en el farayón que separa á La Sabana y á Maisí, existen otras pequeñas en las cuales encontró D. Miguel Caballero algunos huesos que me remitió á Baracoa.

Continuamos por el camino real de Maisí, y á menos de una legua, antes de llegar al Faro, doblamos á la izquierda por otro camino que nos condujo á una finca abandonada, en cuyos terrenos se encuentran las cuevas que nos ofrecían mayor interés, porque en ellas se habían recogido los objetos cedidos por el Dr. Fermín Valdés Domínguez, y allí también encontramos un esqueleto bastante completo que es, sin dudas, el hallazgo más importante de esta excursión.

Están situadas estas cuevas al pié de grandes moles de piedra de contornos irregulares y separadas entre sí; pero antes de entrar en la descripción de la cuevas, debo hacer mención de una familia que vivía en un estado primitivo en una de aquellas anfractuosidades de las peñas. Componían el grupo, un hombre que al vernos se internó en el monte huyendo de nuestra presencia y tres niños escualidos y casi desnudos, cuyos semblantes revelaban una mezcla de estupidez y asombro, sin embargo, sin que lográramos obtener respuestas á nuestras preguntas. Otro cuadro semejante habíamos observado ya, al salir de la Cueva de Poncio y poco antes de llegar á la cuesta del Palo, bajo un paredón que descendía muy oblicuamente, vimos una cama formada por cuatro estacas enterradas sobre las cuales estaban atadas otras horizontalmente y cubiertas por una yagua: algunas jícaras de coco y otros objetos y provisiones completaban el menaje de aquella rústica vivienda habitada por un desgraciado completamente aislado de la sociedad humana.

Volviendo á la descripción de las cuevas, daremos á conocer los antecedentes que precedieron á la adquisición del mencionado esqueleto: un moreno viejo, vecino de La Sabana, llamado Felipe Santiago, había llevado á Bara-

coa por encargo de mi amigo y discípulo, D. Octavio Beruff, un cráneo que, según nos dijo, tenía la frente aplastada; Felipe me indicó el lugar de su descubrimiento. Era éste una pequeña cueva formada por dos recintos; el primero abierto, y como de unos tres metros, servía de vestíbulo al segundo, que consistía en una especie de nicho, cuya abertura, situada como á un metro del suelo, era tan pequeña que apenas me permitía penetrar hasta la mitad del cuerpo; su longitud no alcanzaba á dos metros y eran menores aún la latitud y altura; el piso limpio y seco, aunque tan escabroso como las paredes, presentaba un doble declive de fuera á dentro y de derecha á izquierda. Yacían los huesos sobre esta superficie irregular, conservando en cierto modo sus posiciones respectivas; los huesos del lado derecho, situados en la parte más alta, se conservaban en muy buen estado, al paso que los del lado izquierdo, que habían rodado hasta el ángulo formado por el declive del piso y la pared del mismo lado, habían sufrido una profunda alteración, como puede observarse en algunos de los fragmentos recogidos. De estas observaciones deduje que la posición debió ser boca abajo y con los piés hacia dentro. El estado de conservación de muchos huesos, debido á las condiciones especiales de su yacimiento, me hizo dudar de la antigüedad de aquellos restos y aumentaba mi indecisión el no haber visto el cráneo que había llegado á Baracoa después de nuestra partida. Con este motivo recogí cuidadosamente todos los huesos y algunos dientes y los dejé reunidos en aquel sitio con objeto de enviar por ellos al mismo Felipe, como lo hice al llegar á Baracoa, al reconocer en el cráneo los caracteres individuales de la raza caribe.

Próxima á esta cueva que acabábamos de explorar, existen otras varias, y en una de ellas, sin que lográramos precisarla, se habían encontrado otros cuatro cráneos, huesos y objetos que ya poseíamos, gracias á la generosidad de nuestro compañero y amigo.

Llegamos luego hasta el mismo faro con objeto de adquirir algunos informes, de los torreros, acerca de las cuevas citadas por el Sr. Rodríguez Ferrer; pero no pudi-

mos obtener noticia alguna importante y tuvimos que conformarnos con los datos que figuran en el itinerario de aquel incansable explorador, por lo que emprendimos nuestro viaje de vuelta por distintas sendas, encaminándonos á Pueblo Viejo, con objeto de ver sus renombradas murallas y dirigimos de allí á la Gran Tierra de Maya en cuyos terrenos debíamos encontrar la famosa Cueva del Indio.

Consisten los muros de Pueblo Viejo en un rectángulo perfecto de unos doscientos metros de largo por cien de ancho, formado por cuatro líneas térreas que se elevan sobre el nivel del suelo á manera de anchos camellones. Distintas son las versiones que corren y se han publicado acerca del origen de dichos muros, que para el Sr. Rodríguez Ferrer ofrecen semejanza con los terraplenes de los *mound-builders* del Oeste de los Estados Unidos.

Recorrimos en toda su extensión estas *murallas*, que si lo fueron en otro tiempo, hoy se encuentran completamente cubiertas de tierra y circunscriben un espacio en donde la vegetación es silvestre é idéntica á la que cubre el terreno inmediato; de tal suerte, señores, que es necesario un poderoso esfuerzo de imaginación para aceptar que hayan podido ser muros; sin embargo, son tan rectas estas líneas y tan perfectos los ángulos que forman, que desde luego hacen suponer la intervención de la mano del hombre. El Sr. Rodríguez Ferrer que hizo practicar escavaciones en aquel terreno, no pudo determinar si la tierra de los cimientos era una mezcla natural ó artificial y en la misma duda quedó después de haber presentado las muestras á algunos ingenieros en Santiago de Cuba. Nosotros carecíamos de medios y tiempo para repetir aquellas escavaciones, porque debíamos llegar antes del anochecer á la Gran Tierra.

Sólo nos quedaba por visitar la cueva del Indio, y en vano ofrecíamos buenas gratificaciones á los que tuvieran noticias de ella y quisieran servirnos de guía, hasta que un vecino de la Gran Tierra, llamado D. Vidal, nos dio las señas exactas de las cuevas del Farallón de los Indios y se

prestó á acompañarnos á la mañana siguiente. Nuestro itinerario, convenía con el de Rodríguez Ferrer y después de llegar á una finca situada en la Mesa llamada también de los Indios y dejar allí nuestros caballos, recorrimos un camino escabroso y difícil hasta el pié de los farallones, desde donde esperamos hasta oír las voces de un joven, Florencio, hijo de D. Vidal, que se había adelantado para buscar la boca de la cueva; pronto oímos la señal y comenzamos la subida, casi tan peligrosa como la de la cueva de Poncio. Numerosas parecen ser las cuevas que existen en este farallón, pues en unos doscientos metros encontramos cuatro, y todas contenían huesos; las dos primeras eran pequeñas y en el centro de una de ellas existía una piedra enorme, que debe ocultar restos humanos, porque apenas se removía la tierra alrededor de élla, extraíamos algunos huesos y entre ellos maxilares inferiores, de importancia para el estudio.

Las otras dos cuevas, de mayores dimensiones, especialmente la última, ofrecen grandes semejanzas en su primer recinto: ambas presentan varias entradas, de las cuales las menores permanecen tapiadas con piedras, ambas también ofrecen en su centro una inmensa estalactita á manera de columna que sostiene su bóveda. Esta semejanza, y su correspondencia con la descripción del Sr. Rodríguez Ferrer nos hizo dudar al principio sobre cuál sería la cueva del Indio visitada por él; pero un examen más detenido resolvió la duda y nos decidimos con toda seguridad por la última de las exploradas; en efecto, al paso que la primera sólo comunicaba con otras pequeñas y en un plano superior, la última presentaba a fondo un pasadizo muy bajo, pero no “angosto”, como dice Ferrer, que conducía á otros departamentos de los cuales el de la derecha por donde solo podía andarse á gatas, es el mismo donde halló Rodríguez Ferrer los primeros cráneos de este tipo encontrados en Cuba, y clasificados con gran acierto, de *Caribes*, por el ilustre Poey, á causa de su semejanza con el célebre cráneo de la Isla de San Vicente, cuyo molde tenemos á la vista. Otros

dos recintos más prolongados á la izquierda de la anterior, de los cuales el último tiene otra salida al campo, coinciden del todo con la descripción de la cueva del Indio. El piso de estas cuatro cuevas está cubierto por una espesa capa de murcielaguina y removiéndola principalmente en los sitios más oscuros y cerca de las paredes, se encuentran huesos en bastante abundancia.

Nuestro guía nos dijo que hacía algún tiempo había encontrado su hijo Florencio dos cráneos en una cueva del Quemado de Limones, los cuales había enterrado uno en la finca del Sr. Massó y el otro en la del Sr. Rosés, por orden de este último, quien nos dijo había oído rumores de que debían ser de unos individuos, cuyos nombres se citaban, que habían desembarcado en una expedición frustrada. Fuimos á ambas fincas y desenterrados los cráneos, resultaron ser característicos, es decir, con la deformación fronto-occipital acostada, siendo precisamente los que más coinciden en su forma con el molde típico de San Vicente.

Satisfecho de los resultados de mi excursión, y terminada la época de las vacaciones, resolví volverme á Baracoa á pesar de los deseos vivísimos que sentía de visitar las cuevas de la Patana y de Ovando, de las que me contaron prodigios los guías; pero escarmentado con el chasco de las piedras torneadas de la cueva de Poncio, no dí gran crédito á los tinajones de la Patana, que seguramente serán cavidades naturales fraguadas por las formaciones estalactíticas, como una que habíamos visto en una de las cuevas visitadas, la cual contenía bastante agua y su abertura era tan pequeña que apenas permitía la introducción de la mano, el antebrazo hasta el codo. Encargué á D. Vidal me recogiera los huesos compañeros de los cráneos en la cueva del Quemado de Limones, mientras Florencio iba á la de Ovando á recoger los cráneos y huesos que aseguraba haber visto allí en abundancia.

El Sr. Galta, distinguido hacendado de Jáuco, á quien escribimos desde la Sabana, nos trajo á Baracoa dos cráneos, huesos, hachas y otros objetos de importancia.

Tal es la relación sumaria de nuestro viaje, trazado solo á grandes rasgos por la magnitud del asunto.

Ahora me permitiréis pasar una rápida ojeada sobre la colección, á fin de presentaros las particularidades más notables que ofrece cada objeto, á reserva de hacerlo con mayor amplitud, en el trabajo especial que he tenido el honor de anunciaros.

Consta la colección osteológica, que teneis á la vista, de once interesantes cráneos y numerosos huesos procedentes de las cuevas antes citadas.

Figura en primer lugar el notable esqueleto recogido en la cueva de Maisí, próxima á la “Cuesta del Chivo”; llama la atención antes todo, el estado de conservación de gran parte de sus huesos, y especialmente del cráneo, que conserva casi todos los dientes, estando los incisivos desgastados hasta más de la mitad de la corona. La depresión del frontal es bien notable, aunque conserva sus elevaciones; en el lambda ofrece una superficie aplanada que parece indicar el asiento de una contra presión occipital. El índice cefálico, que excede de 90, le coloca en la braquicefalia más exagerada. El maxilar inferior está completo, así como, las clavículas y omóplatos, la pelvis, la mayor parte de las vértebras y casi todos los huesos del lado derecho, al paso que los del lado opuesto se destruyeron por las razones topográficas expuestas al describir la cueva. El esternón ofrece una perforación notable cerca de la punta; disposición especial ligada al proceso de la osificación.

Siguen en importancia, los cuatro cráneos hallados por el Dr. D. Fermín Valdés Domínguez en otra cueva de la misma localidad. Dos de estos cráneos concuerdan admirablemente con el anterior en sus diámetros, antero-posterior y transversal (160, 150) y por tanto, en su índice cefálico de 93,75; pero el diámetro vertical es algo menor: y en uno de ellos, el más notable de toda la serie, el prognatismo es exageradísimo, y la depresión frontal tan pronunciada que se han borrado las elevaciones, y en algunos puntos ha sustituido una ligera concavidad nor-

mal; disposición perfectamente idéntica á la del tipo caribe de la isla de San Vicente, cuyo molde tenemos á la vista. Este precioso cráneo sumamente frágil porque sólo se conserva la lámina externa de sus huesos tiene borradas en gran parte las suturas; conserva solo un diente, porque su forma y situación da lugar á dudas.

El segundo de estos cráneos, cuyos caracteres craneométricos hemos dicho que concuerdan exactamente con el anterior, debió pertenecer á un individuo sumamente viejo, como lo revela el estado de las suturas y del borde alveolar, así como, la forma característica que ha adquirido el maxilar inferior que parece corresponderle. Creo no deber pasar en silencio la escavación que ocupa la porción anterior del borde alveolar del maxilar superior derecho, seguramente huella de algún proceso patológico.

El tercero del grupo que venimos revisando, es un cráneo notable por su pequeñez (160:140) pero conserva su índice braquicefálico exagerado; la depresión frontal no es tan pronunciada, y en su conjunto ofrece notable semejanza con un cráneo incompleto, único que se conserva en la Habana, de la serie del Sr. Rodríguez Ferrer, y que sirvió á mi compañero de excursión Sr. Michelena para su tesis de Doctorado en la facultad de Ciencias, sosteniendo con mi aprobación que debió pertenecer á una mujer, lo que viene á confirmar este nuevo caso por su pequeñez y otros rasgos notables.

El cuarto y último de estos cráneos se aparta mucho del tipo, pues aunque braquicéfalo y de frente fugitiva, es más alto y redondeado, de superficie regularmente convexa, y no presenta huellas de una deformación artificial.

Toca el turno á los cráneos procedentes de la cueva de Quemado de Limones, que habían sido enterrados en las fincas de Massó y Rosés. Son típicos, bien conservados, con notable depresión frontal y sólo difieren por la longitud algo mayor que el diámetro antero posterior en uno de ellos que es el que más conviene en su forma general con el tipo de San Vicente y con el molde que poseemos de uno de los de la colección Rodríguez Ferrer, estudiado por

los señores Poey y Montané. El segundo de estos cráneos resulta mucho más braquicéfalo por su índice cefálico, que le eleva á noventa y tres, pero esto sólo depende de un mayor aplastamiento del occipital, conservando por lo demás una gran semejanza con su compañero.

Pasemos á los cráneos recogidos en una cueva de La Jagua, en la hacienda de Jáuco, costa sur de Baracoa, por encargo del Dr. Galta. Cada uno de ellos ofrece particularidades notables, y ambos se encuentran bastante alterados por la humedad: el primero se ajusta perfectamente al tipo deformado, que según vamos viendo, predomina en absoluto en esta serie; pero en el segundo, hay que observar su mayor longitud y altura, lo que le separa bastante del tipo general. Está muy incompleto, circunstancia que dificulta bastante la comparación; ofrece además notables irregularidades en la región infra-occipital que pueden incluirse en el grupo de las deformaciones póstumas debidas á la humedad y naturaleza del suelo. Quiero llamar la atención sobre todo por el grado que alcanza; me refiero á la sustitución de toda la escama del occipital por un hueso que no merece ya el nombre de Wormiano, sino que representa más bien el inter-parietal de muchos mamíferos, y que constituye una variedad de lo que se ha llamado hueso Epactal ó de los Incas, por su frecuencia en los cráneos peruanos.

Hemos llegado por último, á los cráneos de la cueva de Ovando; también se encuentran alterados por la humedad, pero no en la forma sino en la constitución del hueso. De estos dos cráneos, ofrece uno grandes analogías con el cuarto de los del Dr. Valdés Domínguez, y el otro es de una forma completamente distinta de toda la serie, y exigen un estudio especial. Es ultra-braquicéfalo (su índice excede de 93) el diámetro transversal es igual ó mayor que el ántero-posterior de los otros (160) y llama la atención desde el primer momento, su redondez y la amplitud de la región occipito-parietal.

Existen además numerosos huesos de todo el esqueleto, recogidos en las mismas cuevas que los cráneos cita-

dos, y además en las del farallón de los Indios en la gran tierra de Maya, y en el que separa á La Sabana y Maisí. Entre esos huesos son notables algunos maxilares inferiores de las cuevas de los Indios, Jauco y Ovando, cinco húmeros con la perforación inter-condilea, carácter frecuente en las razas inferiores y del que ha proporcionado el Dr. Montané algunos ejemplares á este Museo; y por último, algunas tibias platicnémicas en distinto grado, aunque no constituyen un tipo general.

De la inspección general de esta serie craneológica, y de la comparación del tipo predominante en ella con los moldes, caribe, de San Vicente y el llamado por Poey y Montané, caribe cubano por su semejanza con el anterior, resulta de un modo bastante evidente, la existencia de una colonia ó de un grupo caribe en la extremidad oriental de nuestra Isla, quizás en una época anterior á la conquista, ya que los cronistas de aquellos días no nos hablan de una manera precisa de la existencia de los caribes en Cuba, y si en las Antillas menores, Puerto Rico y Santo Domingo, aunque fácilmente se comprende que de existir, como está probado, esta última Isla, nada les era más fácil que pasar á Cuba.

La falta de semejanza de alguno de estos cráneos con el tipo común, hallará fácil explicación si se tiene en cuenta que aquella raza guerrera y conquistadora llevaba consigo sus prisioneros, especialmente las mujeres, y se mezclaban con ellos.

Quizás pudiera ocurrirse, en vista de la frecuencia del tipo en las localidades exploradas, que pertenezcan estos restos á la raza siboneya, autóctona de estas islas, pero sus caracteres físicos eran distintos, según los historiadores, y si no se encuentran sus restos en las cavernas debe atribuirse á que su sistema de enterramientos consistía en excavaciones en el suelo, según lo describen Oviedo y otros autores, aunque quizás entre estos mismos cráneos que se apartan del tipo del deformado, existan algunos que pertenecieran á los indígenas.

Es conveniente salvar un error que han venido repitiendo los que desde Fr. Iñigo, se han ocupado en

Puerto Rico de estos asuntos: me refiero á la descripción del Indio de Borinquén ó de Puerto Rico, que toma de Oviedo (libro III, cap. V); pero este autor no se refiere á los indígenas de Puerto Rico, ó al menos parece referirse á los caribes que la invadían constantemente y habían logrado establecerse en ella; pero en otros lugares dice que eran semejantes á los de Santo Domingo y Cuba, y el mismo Colón supo distinguirlos de los caribes en su segundo viaje, cuando los encontró prisioneros en la Guadalupe. Pero no es esta la ocasión más apropiada para discutir estas cuestiones y otras no menos importantes como la deformación artificial, etc.; todo esto requiere un estudio más dilatado y profundo, y la aplicación rigurosa de los métodos con que cuenta la moderna Antropología. Sólo he querido presentar los rasgos más salientes en este ligero análisis, á reserva, como he dicho, de intentar un trabajo más completo, contando para ellos, desde luego, con los sabios consejos de mi distinguido compañero y amigo el Dr. Montané.

Pasemos á la colección arqueológica, y prescindiendo de los objetos ya citados, adquiridos en Santiago de Cuba, ocupémonos ahora de los recolectados en Baracoa.

Acompañaban á los cráneos y huesos cedidos por el doctor Valdés Domínguez, algunos fragmentos de ollas de un barro especial, y dos objetos idénticos que veíamos por primera vez, y parecen haber servido de cucharas, formadas con la parte anterior y más estrecha de un caracol, conocido vulgarmente con el nombre de *cobo* (*Strombus gigas*. L).

En la cueva de "Poncio", encontramos también pedazos de barro cocido y huesos, indudablemente de jutía, por los caracteres de la mandíbula recogida. También eran notables entre las diversas formas que afectaban las estalactitas, algunas de aspecto laminar y superficie ondulada, cuyos bordes terminan en dientes á manera de sierra, como en el ejemplar que tenemos á la vista.

El Dr. Manduley, médico de La Sabana, me proporcionó dos objetos de barro, interesantes: es el primero, una figura ó faz humana, hábilmente moldeada sobre una

base cónica, llamando la atención lo aguzado de la nariz, y su forma que no corresponde á los caracteres que se asignan á aquella raza, por lo que pudiera pensarse que no perteneciera á los indios, aunque hay que convenir en la semejanza de los trazos con otros objetos de aquella época; fué encontrado en el desmonte de un terreno de la parte alta de la “Cuesta del Palo”. El segundo objeto, procedente de “Pueblo Viejo”, parece el pico de una vasija de barro con dibujos imperfectos. Posteriormente me ha enviado el señor D. Sixto Torres, comerciante de “La Sabana”, algunos fragmentos de barro, procedentes también de “Pueblo Viejo”.

En el último de los departamentos de la gran “Cueva del Indio”, esto es, en la visitada por el Sr. Rodríguez Ferrer, encontramos, entre el guano de murciélago, un hermoso caracol perforado en su ápice, que debió ser el *guamu* que, según refieren los historiadores, hacían sonar los indios en le [sic] guerra, ó para reunirse. El estado de este caracol revela su antigüedad, ofrece junto á la abertura del ápice otra más pequeña que quizás serviría para modificar el sonido, y es distinto de los fotutos que se hacen en nuestros días con el *cobo*, ó el *Strombus gigas* antes citado, mientras que el presente es un *Cassis*; debiendo observarse además, que aunque esta especie (*C. Madagascariensis*) existe en Cuba, no es la especie más frecuente (sino el *C. Triangularis*), ni creo se encuentre en aquella vecindad, sino en los cayos, siendo muy frecuente, y alcanzando este tamaño, en las Lucayas.

En la “Cueva de Ovando” se encontraron muchos pedazos de ollas y cazuelas, pero lo más notable es un hacha como de veinte centímetros de largo y de forma distinta á todas las observadas y descritas en esta Isla. Su forma es la de un hacha común enmangada, pero toda de piedra y de una sóla pieza.

El Sr. Galta de Jauco, me cedió los siguientes objetos: una figura y un asa de olla, de barro, halladas en la “Cueva de la Caleta”, con huesos de indios; un hacha de serpiente noble pulimentada, trunca é imperfecta por uno de

sus extremos, y otra al parecer de diurita, de forma amigdaloides, de las llamadas vulgarmente “piedra de rayo”; y por último, otra de la misma materia, muy interesante, por su forma alargada y sus extremos aguzados á manera de buril, quizás destinada á verificar los dibujos en los objetos de barro, á cuyos bajo relieves se amolda perfectamente. Estos objetos proceden de su hacienda, en la costa sur de Baracoa.

Un buril semejante al anterior, aunque más imperfecto, y otras dos hachas ó piedras de rayo, me fueron cedidas por los Sres. Alayo y Toyrac.

No es posible intentar siquiera entrar en las consideraciones á que se presta la extraordinaria abundancia de objetos recogidos en esta excursión, de los cuales desde este momento, queda en posesión de ellos, esta Academia de Ciencias, á la que tengo el honor de dedicarlos. He dicho.